



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

La cruz invertida. La representación mediática
de la masacre de San Patricio en *Clarín* y *La Nación*
Alejandro Cánepa
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 2, N.º 1, diciembre 2016
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

La cruz invertida. La representación mediática de la masacre de San Patricio en *Clarín* y *La Nación*

Alejandro Cánepa

fualejandro@yahoo.com.ar

Carrera de Ciencias de la Comunicación
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Resumen

El siguiente trabajo da cuenta de la construcción periodística realizada por los diarios porteños *Clarín* y *La Nación*, sobre la llamada "masacre de San Patricio", que consistió en el asesinato de cinco religiosos en una parroquia de la ciudad de Buenos Aires, por parte de un grupo de tareas de la última dictadura militar, el 4 de julio de 1976. El texto plantea las estrategias periodísticas puestas en juego por ambos medios para dar cuenta de la noticia pero al mismo tiempo que ésta fuera funcional al alineamiento ideológico que mantenían con el gobierno de facto.

Inicio

El terrorismo de Estado llevado adelante por el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional produjo de manera sistemática dos tipos de hechos que suelen ser noticiables: desapariciones de personas y homicidios. Sin embargo, la

gran mayoría de aquellos fueron silenciados por la prensa, lo que impidió que la mayoría de la población tuviese información en tiempo real sobre los crímenes que sucedían en el país, cometidos desde las entrañas del poder. Ahora bien: en ciertos casos, las consecuencias fatales de la maquinaria represiva aparecían en la superficie mediática, especialmente cuando las víctimas tenían una posición social relevante. Un ejemplo de esta situación se encuentra en el asesinato de cinco religiosos católicos de la congregación palotina, ocurrido el 4 de julio de 1976, en una parroquia del barrio de Villa Urquiza. El objetivo de la presente ponencia es dar cuenta de cómo construyeron esa noticia los diarios *Clarín* y *La Nación* los días posteriores a conocerse el crimen.

Los pasos previos

En las primeras horas de la mañana del domingo 4 de julio de 1976, los feligreses que esperaban la apertura de la iglesia San Patricio para asistir a la primera misa del día, se sorprendieron al encontrar cerrada el templo. Un joven organista, Rolando Savino, al ver también cerrada la casa parroquia, se trepó por una ventana y logró ingresar a aquella. Allí, en el primer piso, encontró los cuerpos sin vida de los sacerdotes Alfredo Kelly, Alfredo Leaden y Pedro Dufau, y de los seminaristas Emilio Barletti y Salvador Barbeito. Sobre este último los asesinos habían arrojado un afiche en el que "Miguelito", el amigo de Mafalda, la pregunta a un policía, señalando su bastón, si ese era "el palito de abollar ideologías". Encima de una mesa, estaban apilados los documentos de identidad de las víctimas. En las paredes, los asesinos habían pintado las siguientes leyendas: "Estos zurdos murieron por ser MSTM" y "Por nuestros camaradas dinamitados en Seguridad Federal", lo que aludía a un atentado cometido dos días antes por Montoneros. Algunos vecinos vieron movimientos extraños en la madrugada del crimen, y escucharon cómo desde un auto le decían a un policía de custodia que se retirara porque iban a "reventar unos zurdos". Esos testigos declararon ante un sacerdote, Efraín Sueldo Luque, la misma mañana que se encontraron los cuerpos, aunque no lo hicieron ante la Justicia. Kimel (1989) fue el primer investigador que abordó ese quintuple crimen, que pasó a conocerse como "la masacre de San Patricio" o "la masacre de los Palotinos". Seisdedos (1996) también abordó el hecho, siempre desde una mirada periodística.

Medios y cruces

El análisis crítico del papel jugado por las principales empresas mediáticas argentinas durante la última dictadura militar se inició con cierto retraso. Como bien señalan Blaustein y Zubieta (1998: 16), salvo algunos artículos en la revista *Humor*, o en la *Radio Belgrano* bajo control estatal, en los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín, el tema del rol de los medios en el pasado reciente argentino estaba muy poco explorado hacia fines de los '90. El primer libro que lo abordaba, *Los sofistas y la prensa canalla*, de Eduardo Varela Cid (1984), tenía la peculiaridad de que en sus páginas omitía cualquier alusión a *La Nación* y *Clarín*, los dos diarios más poderosos de la época.

Hacia fin de siglo, los ya mencionados Blaustein y Zubieta retomaban el tema, con un libro mucho más abarcativo, y que incluía a los principales actores mediático-políticos de la época. De ahí en más, en un proceso lento pero sin pausas, el rol de los medios bajo la dictadura militar se fue convirtiendo en un tema encarado por fértiles y profundas investigaciones. Borrelli, con sus trabajos sobre *Convicción* (2008) y *Clarín* (2016), y junto a Jorge Saborido en la coordinación de los artículos reunidos en *Voces y silencios* (2011), Vinelli (2000), con su obra sobre ANCLA, Schindel (2012) y Vitale (2015), esta última centrándose en la cobertura de todos los golpes militares argentinos por parte de los medios), César Díaz (2012) y Malharro-Gisjberts (2003) son algunos de los autores más representativos del ahora extenso universo que intenta comprender el funcionamiento de las empresas mediáticas en la etapa de apogeo del terrorismo de Estado.

Otro conjunto de investigadores ha analizado la relación de la Iglesia con la dictadura cívico militar, desde el pionero *Iglesia y dictadura*, de Emilio Mignone, hasta el reciente *Los desaparecidos de la Iglesia Católica*, de Soledad Catoggio. En este trabajo, nos proponemos dar cuenta del caso específico de la masacre de San Patricio, en el que confluyen terrorismo de Estado, medios e Iglesia Católica, tomando como recorte temporal la primera quincena de julio, que representa el período donde fueron publicadas más notas sobre el hecho.

La muerte periódica

Con la toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas, una combinación de censura, autocensura y complacencia ideológica generó que las principales empresas periodísticas argentinas no solamente vieran con buenos ojos el golpe, sino que prolongaron esa cercanía con un ocultamiento de la maquinaria represiva

instalada desde el Estado. Dentro de ese esquema, la dictadura había instrumentado el comunicado n° 19, que establecía durísimas sanciones para el periodismo que se apartare de las normas por ella emitidas, además de mantener reuniones con los principales editores de medios, pidiéndoles “colaboración” en la “lucha antsubversiva” (Borrelli, 2016: 77, y Blaustein y Zubieta, 1998:23).

A partir de esas instrucciones, de la autocensura y de la afinidad ideológica que demostraban las más importantes empresas periodísticas argentinas con los nuevos gobernantes, las noticias vinculadas a la represión pasaron a ser relatadas desde la óptica (y hasta con el léxico) castrense, reproduciendo la versión oficial de los hechos, pero negando que existieran restricciones a la libertad de prensa (Sivak, 2013: 274).

Por otro lado, sí entraban en la agenda periodística aquellas muertes causadas por el accionar de las organizaciones políticas armadas, como Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), aunque se ocultaban sus nombres, para reemplazarlos por los de “organización declarada ilegal” en 1974 o en 1975, según fuera el caso, o simplemente “terrorismo”.

Esta serie relacionada con la “subversión”, transformada en los medios, como bien señalan Blaustein y Zubieta (1998), en un “monstruo agazapado”, interesa especialmente para el caso que nos ocupa, sobre el caso de los palotinos. Pero el análisis de la cobertura de ese crimen no puede escindirse de una visión más amplia sobre el abordaje mediático de la violencia política.

El 2 de julio de 1976, Montoneros había colocado una bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal, en plena ciudad de Buenos Aires, que causó numerosas víctimas. El atentado tuvo amplio despliegue en los dos diarios aquí analizados, que, previsiblemente, colocaron la noticia en tapa. Es importante destacar que en el relato periodístico nunca aparecía mencionada la organización que se había adjudicado el hecho, lo que reforzaba la idea de la “subversión” como un ente gaseoso, maléfico, indiviso y mutante, que no tenía nombre propio. Un tono similar fue empleado tanto en *La Nación* como en *Clarín*, que además destacaban que en el lugar había numerosos civiles, lo que implicaba reforzar la criminalidad del atentado.

Pero también era cierto que la Superintendencia de Seguridad Federal formaba parte del círculo de campos clandestinos de concentración de detenidos, en donde estos eran sometidos a torturas de todo tipo y en numerosos casos fueron trasladados del predio para ser asesinados en otros lugares (Fernández, 1983: 52).

Ese dato clave obviamente no aparecía en el relato periodístico del atentado. En los medios analizados, solo había espacio para la “lucha contra la subversión”, una lucha en la que se hablaba de “bajas” y “extremistas abatidos”, y

ocasionalmente para incluir el accionar de la guerrilla, especialmente si causaba alguna víctima fatal. En el mundo real, los grupos de tareas cometían todo tipo de crímenes, pero en la agenda mediática esa saga de secuestros, torturas, desapariciones y homicidios se convertía una "guerra", en la que solo había enfrentamientos armados. Y si los homicidios entraban en la agenda, se los atribuía a las organizaciones armadas. En ese sentido, como señala Borrelli (2016:41), la dictadura tenía un rostro como el del dios romano Jano, en tanto mantenía una imagen pública de represión "legal", unida a una faceta ilegal y criminal, construida en base a torturas y campos de concentración.

La represión se vuelve visible

A las horas de sucedido el atentado contra Seguridad Federal, distintos jefes policiales planearon una matanza de detenidos en represalia, a lo que se opuso el jefe de la Policía Federal, general Arturo Corbetta, definido por el propio Rodolfo Walsh como "culto" y "legalista" (Verbitsky, 1985:51), y que buscaba reprimir "con el Código Penal bajo un brazo y el Código de Procedimientos bajo el otro" (Fernández, 1983: 50). Finalmente, Corbetta presentaría su renuncia, que sería aceptada. Los jefes policiales desplazados por su gestión volverían a sus funciones, y el nuevo jefe policial, René Ojeda, avalaría a la línea dura.

En los días siguientes al atentado, en tanto, se produjeron una serie de hechos represivos especialmente visibles, lo que podía interpretarse como un intento de la dictadura y de su aparato operativo de exhibir su venganza y que quedara claro que tenían en su poder a rehenes, de los que podían disponer a su antojo (Fernández, 1983: 51). En esa serie de crímenes, los grupos de tareas mataron a balazos distintos grupos de personas y arrojan sus cadáveres en San Telmo, Parque Chacabuco y el Obelisco. Los diarios mencionaban esos hallazgos, sin deslizar ningún tipo de indicio sobre quiénes podrían ser los autores de los homicidios; "Los muertos confluyen en un lugar vagamente siniestro, de cuya dimensión informativa los diarios nada saben", señalan acertadamente Blaustein y Zubieta sobre ese accionar mediático (1998: 33), mientras que Schindel (2012:180) detecta que las noticias sobre "hallazgos de cadáveres" aumentan notoriamente durante ese mes de julio.

En ese sentido, el asesinato de los religiosos palotinos parece inscribirse en esta serie de crímenes posteriores al atentado en Seguridad Federal, a modo de "vendetta", y de un modo que fuera contundente y que no dejara lugar a dudas

sobre la impunidad con que se manejaban los grupos de tareas. A continuación nos centraremos en cómo relataron la noticia *Clarín* y *La Nación*.

Clarín: la sobreactuación periodística

Al día siguiente del crimen, el lunes 5 de julio, *Clarín* titulaba en tapa "ASESINARON A CINCO RELIGIOSOS", en un recuadro, sin foto. La portada sí tenía imágenes sobre la fecha del fútbol del día anterior y sobre rehenes israelíes que habían podido regresar a sus casas. Otro título de la tapa decía que Videla iba a estar en la Organización Internacional del Trabajo (OIT). En la tapa, la noticia sobre el crimen en la iglesia de Villa Urquiza no estaba jerarquizada ni en cuanto al espacio ni en cuanto a la imagen, y ninguna volanta o bajada agregaba alguna información sobre el quíntuple homicidio.

Ya en el interior, en la página 5, el diario daba cuenta del desarrollo, con el título "ASESINAN A TRES SACERDOTES Y DOS SEMINARISTAS EN LA PARROQUIA SAN PATRICIO, EN BELGRANO". En la bajada, por fin *Clarín* se atrevía a decir quiénes serían los autores; así, en el copete, decía que "EN LA IGLESIA DE SAN PATRICIO, EN EL BARRIO DE BELGRANO, TRES SACERDOTES Y DOS SEMINARISTAS FUERON ASESINADOS A BALAZOS, MIENTRAS DORMÍAN, POR DELINCUENTES SUBVERSIVOS". También agregaba que había sido desactivada una bomba, algo falso, pero que reforzaba la idea de que, por la metodología, el crimen era obra de la izquierda armada. El copete se cerraba con otra información que decía "JUNTO AL OBELISCO FUE ASESINADO UN HOMBRE", que en rigor de verdad era otro asesinato cometido por los grupos de tareas. Es decir que en el nivel paratextual, el diario responsabilizaba de manera directa la "subversión" por la masacre de San Patricio, "subversión" que en clave epocal remitía exclusivamente a la izquierda guerrillera.

En la cabeza de la nota, para que no quedaran dudas, *Clarín* aseguraba que "un crimen múltiple, sin precedentes por sus características, perpetrado por elementos subversivos y del que resultaron víctimas tres sacerdotes y dos seminaristas conmovió a la ciudad". Luego el texto contaba el hecho, básicamente apegado a lo sucedido en la realidad, aunque agregaba el dato falso de la bomba. Y aparecían un comunicado de la Policía Federal y uno del I Cuerpo de Ejército, a cargo del general Carlos Suárez Mason, que decía que "elementos subversivos asesinaron cobardemente" a los religiosos. Y agregaba que el "vandálico hecho", demostraba que sus autores "además de no tener patria, tampoco tienen Dios", lo que combinaba con la acusación de las organizaciones político militares de fomentar el

ateísmo y al antipatriotismo. En ningún momento del texto el diario siquiera mencionaba las pintadas encontradas en el lugar, que hubieran generado sospechas sobre bandas parapoliciales o paramilitares.

Hacia el final del texto principal, se le añadía el asesinato de una persona en el Obelisco, causado por "delincuentes subversivos" que "lograron fugar después del crimen". En este punto, es importante señalar, como señala Borrelli (2016: 81), que, aunque de manera fragmentaria y recortada, a las redacciones de medios como *Clarín* llegaba información sobre la verdadera naturaleza de la represión, pero las empresas decidían no publicarlas.

El martes 6 de julio, la matanza de San Patricio ya no estaba en la tapa de *Clarín*, en donde sí aparecían titulares como "VIDELA RECIBE A GREMIALISTAS Y EMPRESARIOS", "VIAJA A EUROPA MARTÍNEZ DE HOZ" Y "LOS INQUILINOS NO PUDIENTES ESTÁN AMPARADOS", una frase textual del secretario de Empleo y Vivienda. La única noticia relacionada subterráneamente con el terrorismo de Estado era la que decía "RENUNCIÓ CORBETTA TRAS RELEVAR A LOS JEFES POLICIALES". En el desarrollo de esa noticia, de una manera aséptica se narraba la renuncia de Corbetta y su reemplazo por el general René Ojeda, aunque en un tramo de la nota se citaba un discurso de aquel en donde ponderaba "una legítima y alta concentración de violencia centralizada, oficial, pública, centralizada (sic), aplicada con decisión pero también con prudencia de los hombres que conocen sus deberes". El subtexto era que el jefe renunciante pretendía terminar con los operativos ilegales, clandestinos y feroces en los que participaban grupos de su propia fuerza. Por supuesto, el diario no establecía la relación entre las palabras y la renuncia de Corbetta con la serie de crímenes especialmente estremecedores que sucedieron después del atentado a Seguridad Federal, ya que de estos no se señalaba su motivación o se los adjudicaba a los "subversivos", como en el caso de los palotinos. El diario dejaba flotar en su superficie redaccional tanto la renuncia de Corbetta como los crímenes cometidos por los grupos de tareas, pero sin establecer nunca la relación entre uno y otro.

En la página 4 aparecía la noticia del entierro de las víctimas del múltiple homicidio del 4 de julio en San Patricio. En el copete de la nota, el diario reiteraba que los religiosos habían sido asesinados por "delincuentes extremistas", y que en la misa de cuerpo presente realizada en la parroquia habían asistido el arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, el canciller de la propia dictadura, César Guzzetti, y "representantes de las fuerzas armadas". En el primer párrafo, el diario calificaba de "bárbaro atentado extremista" a crimen de los palotinos. El diario citaba una parte de la homilía de la misa, a cargo del sacerdote palotino Roberto Favre, que pedía "rogar a Dios no solo por los muertos, sino también por las innumerables

desapariciones que se conocen día a día". Y también citaba que el religioso había pedido retornar "al estado de derecho que requiere todo pueblo civilizado". Cerraban la nota dos noticias sueltas sobre "apariciones" de dos cadáveres en La Boca y otros dos en Bahía Blanca, de activistas gremiales cuyas desapariciones, habían sido investigadas por las policía "sin resultados". También *Clarín* informaba del entierro del cuerpo del ex senador radical Ángel Pisarello, "cuyo cadáver había sido hallado" 5 días antes, aunque "su cuerpo no presentaba heridas de bala". El día 7 la noticia tampoco estaba en tapa, aunque sí la asunción del nuevo jefe de Policía, General Ojeda, y al día siguiente también ingresaría el tema en la portada, con una crónica de la jura en el nuevo cargo, destacando el medio la presencia del ministro de Interior, Albano Harguindeguy¹. El 8 reaparecía fugazmente una información vinculada con la masacre de San Patricio, incluida como un apartado dentro de una nota en la que se explicaba que había muerto otro policía que permanecía herido por el atentado del 2 de julio. En el texto, el obispo de San Juan, Ildefonso Sierra, en donde en el lenguaje críptico de los dignatarios eclesiásticos, aseguraba que "se ha llegado a un estado de paroxismo y de locura en el que no se razona ya, sino que se está obrando como autómatas y el pensamiento único es destruir". Por último, el 10 de julio dentro de otra nota dedicada a informar de una nueva muerte de un policía herido en el atentado, el titular del I Cuerpo de Ejército, Carlos Suárez Mason, decía que "hasta el momento no hay nada nuevo" en las investigaciones sobre la masacre de San Patricio, y agregaba que "ese crimen horrendo cometido contra los pastores de la Iglesia, subleva mi serenidad de espíritu". Y cerraba: "Que la sangre de estos mártires de estos mártires cristianos, que caen junto a los hombres de las fuerzas conjuntas, permitan demostrar cuáles son los verdaderos propósitos de quienes atacan los principios más caros de la verdad y de la vida".

La Nación y sus matices

Si *La Nación* apoyó desde el vamos el golpe de Estado en un estilo "sereno, low profile", como señalan Blausten y Zubieta (1998:35), también es cierto que interpelaba a las autoridades para que centralizaran la represión. Por supuesto, compartía con *Clarín* un apoyo global a la "lucha antisubversiva", lo que implicaba

¹ Un oficial policial declararía, años después, que Harguindeguy tenía en su poder información confidencial sobre la masacre de los palotinos y hasta objetos personales arrebatados a los religiosos, como una agenda telefónica (Fernández, 1983: 62).

un aval a la visión oficial de los hechos, con el consecuente ocultamiento del terrorismo estatal que se desarrollaba en todo el país.

En ese marco, el diario difundía las acciones violentas de las organizaciones político-militares que combatían a la dictadura. Al día siguiente del atentado a Seguridad Federal, el viernes 3 de julio, en tapa el periódico titulaba: "PROVOCÓ 18 MUERTOS Y 66 HERIDOS UNA BOMBA EN UNA DEPENDENCIA DE LA POLICIA". En la misma tapa, otra noticia daba cuenta de que "EN DOS ENFRENTAMIENTOS MURIERON 17 EXTREMISTAS", y eran únicamente las fuentes militares las encargadas de aportar los datos de la nota. En la edición de ese mismo día, un breve recuadro daba cuenta del hallazgo de un cadáver en Mar del Plata, que se sumaba a otro anterior en el que habían sido encontrados los cuerpos de dos jóvenes, sin que se informaran las causas de los fallecimientos ni las identidades de las víctimas. La edición del 4 daba cuenta del sepelio de los policías que habían muerto en el atentado, y en el desarrollo de la nota se acompañaba el texto con una foto en la que los tres comandantes en jefe de cada fuerza asistían al cementerio de la Chacarita.

El 5 de julio, *La Nación* colocaba en tapa: "FUERON ASESINADOS CINCO RELIGIOSOS EN BELGRANO", y en el copete indicaba: "Un informe militar señaló que un grupo extremista mató en San Patricio a tres sacerdotes y dos seminaristas". Si bien el medio compartía con *Clarín* la atribución del quintuple homicidio a "la subversión", lo ponía en boca de los militares, a diferencia del otro matutino, que lo asumía en su propio discurso.

En el desarrollo de la noticia, volvía a señalarse la responsabilidad del "extremismo", citando a fuentes militares, y la justificación de esa hipótesis eran "las armas utilizadas y la utilización de un explosivo, que no estalló", lo cual eran interpretaciones hechas en base a lo aportado por las autoridades, en claro plan de tergiversación del crimen. La supuesta presencia de una bomba era otro elemento que rubricaba que era una organización guerrillera la responsable de la masacre. *La Nación* agregaba que "además fueron pintadas leyendas en los aposentos de los religiosos", dato cierto que no figuraba en *Clarín*, aunque el periódico de los Mitre se cuidaba de precisar en qué consistían esas inscripciones. La noticia decía que una vez enterado del crimen el personal de la Comisaría 37, había "concurrido de inmediato" al lugar, lo que fue desmentido posteriormente por los testigos, que remarcaron el desgano policial para presentarse en el lugar (Kimel, 1989).

Por otra parte, es significativo señalar que la principal noticia de tapa de ese 5 de julio era la que daba cuenta de cómo evolucionaban los heridos en el atentado a Seguridad Federal. De ese modo, si el lector se guiaba por la primera lectura de titulares y copetes de esa noticia y del asesinato de los palotinos, llegaba a la

conclusión de que ambos habían sido obras de las organizaciones armadas de izquierda. En el mismo día 5, *La Nación* informaba, en un recuadro colocado al lado de la nota sobre los palotinos, que el día anterior se habían realizado tensas reuniones entre el jefe de la Federal, general Corbetta, con el ministro Hardindeguy, y entre otros jefes policiales, por otro lado. El diario no precisaba qué se había tratado en esas reuniones, aunque hoy se sabe que los subordinados de Corbetta exigían la destitución de él y realizar una serie de crímenes especialmente alevosos a modo de "vendetta".

En la edición del día 6, el diario informaba sobre la misa de cuerpo presente en San Patricio y el entierro de las víctimas, aunque no en tapa. En la noticia, si bien se remarcaba la presencia de autoridades militares, en ninguna parte del título, copete o párrafo se hacía mención a que la masacre había sido perpetrada por "el extremismo", como sí lo había remarcado *Clarín*. A continuación, señalaba los tramos de la homilía del padre Favre, en donde se denunciaban "las desapariciones que ocurren cotidianamente" y se pedía "recuperar el estado de derecho, como corresponde a un pueblo civilizado". La noticia sumaba una fuente más a la de *Clarín*: la de un cable de Associated Press (AP), emitido desde el Vaticano, en el que la comunidad palotina consideraba que "los religiosos fueron asesinados por ser considerados simpatizantes del movimiento de izquierda". La inclusión de un cable de una empresa internacional que citaba una fuente oficial de la Iglesia Católica era difícil de ser objetada por los militares, y sin embargo esa información direccionaba el crimen en un sentido contrario al divulgado por las autoridades argentinas. Por otra parte, en la misma página el diario indicaba: "FUERON MUERTOS 5 EXTREMISTAS EN CÓRDOBA Y 2 EN TUCUMÁN", y en otra parte de la página: "LOS CADÁVERES DE 4 HOMBRES HALLÁRONSE". La misma edición incluía un suelto de muy pocas líneas que daba cuenta de la aparición del cuerpo de una mujer acribillada a balazos en pleno Parque Centenario.

Sin embargo, ese mismo 6 el diario incluía el crimen de los palotinos en su editorial, y es allí donde se concentraba el cierre final de sentido propuesto por el medio. En ese texto, el periódico afirmaba:

El asesinato alevoso, como todos los que perpetra el extremismo, de tres sacerdotes y dos seminaristas en una iglesia de la metrópoli, revela en toda su descarnada realidad a cuánto llega la saña criminal de ciertos grupos-no identificados en cuanto a sus componentes, pero reconocibles en su conjunto por sus métodos y sus propósitos, en su afán de desencadenar el caos, sembrar el terror y sumir a la sociedad en una confusión trágica para que no tenga otra alternativa que la del sufrimiento de su corazón, sacudido de continuo por la imagen siniestra de la realidad que sólo procura exterminar y destruir.

El lunes 12 de julio, *La Nación* informaba sobre la misa en memoria de los palotinos, realizada en San Patricio. Allí el diario, nuevamente repetía la noticia del asesinato sin hacer alusión a la supuesta responsabilidad del "extremismo". Sin embargo, entrevistaba al padre Dwyer, un superior provincial de los palotinos, que desmentía al cable de AP con declaraciones de esa congregación diciendo que las víctimas del quíntuple crimen habían sido asesinadas por pertenecer a la izquierda.

A modo de cierre

Ambos diarios, en relación al crimen de los palotinos, relataron el hecho ajustándose a la versión oficial, que se alejaba notoriamente de la verdad de lo sucedido aquella madrugada del 4 de julio de 1976. Si bien *La Nación* tamizaba levemente la asignación del crimen al "extremismo", y en noticias posteriores incluía datos como el cable de AP que contradecían el relato oficial, no llegaba a desprenderse de este. Podría conjeturarse que en el caso de *Clarín* no había el más mínimo margen de duda en su construcción noticiosa, y el diario asumía en su propio discurso la adjudicación-falsa y malintencionada-del crimen de los religiosos al "extremismo", y que *La Nación* atenuaba, en cierto modo, esa caracterización.

Pero ninguno de los dos diarios construía una serie periodística con el caso de los palotinos, que en un par de días se desvanecía de la agenda, para reaparecer una semana después por una misa homenaje, y volver a apagarse en las páginas de los matutinos. En esos días, los diarios contenían diariamente noticias de muertes violentas, aunque divididas en dos grandes lotes: el primero, formado por aquellas muertes atribuidas a "la subversión", aunque fuesen cometidas por los grupos de tareas, y el segundo, que contenía a una enorme cantidad de "apariciones" de cuerpos, que los diarios jamás explicaban ni sugerían quiénes eran sus responsables. Hoy, en base a la investigación académica y periodística, sabemos que la abrumadora mayoría de esas muertes era causada por el terrorismo estatal. Quedan como testimonios periodísticos de omisión del horror noticias como las de la masacre de San Patricio, en las cuales los dos diarios más poderosos del país sintonizaron su agenda en la onda de la dictadura militar, invirtiendo el signo ideológico de los autores de ese crimen. Y queda por pedir, entonces, una autocrítica de las principales empresas periodísticas del país, en relación a lo actuado-y ocultado o tergiversado-bajo aquellos años de dictadura cívico militar, algo que ya reclamaban los citados Blaustein y Zubieta (1998:21). Y, en otro plano, también queda pendiente que la Justicia determine fehacientemente los autores

materiales de ese crimen, que algunos ubican dentro de la órbita de la Marina y otros en la del Ejército.

Bibliografía

- Blaustein, Eduardo y Zubieta-Martín. *Decíamos ayer*. Buenos Aires. Colihue
- Borrelli, Marcelo (2016). *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y de Martínez de Hoz, 1976-1981*. Buenos Aires. Biblos.
- Catoggio, Soledad (2016). *Los desaparecidos de la Iglesia*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Díaz, César (2002). *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires, La Crujía.
- Fernández, Rodolfo Peregrino (1983). *Autocrítica policial*. Buenos Aires. El Cid Editor.
- Kimel, Eduardo (1989). *La masacre de San Patricio*. Buenos Aires. Lohlé-Lumen.
- Malharro, Martín y Gijberts, Diana (2003). *La tipografía de plomo. Los grandes medios gráficos en la Argentina y su política editorial durante 1976-1983*. La Plata, Universidad de La Plata.
- Mignone, Emilio (1986). *Iglesia y dictadura*. Buenos Aires. Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Seisdedos, Gabriel (1996). *El honor de Dios*. Buenos Aires. Ediciones San Pabo.
- Schindel, Estela (2012). *La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura (1975-1978)*. Villa María, Eduvim.
- Sivak, Martín (2013). *Clarín. El gran diario argentino. Una historia*. Buenos Aires. Planeta.
- Varela Cid, Eduardo (1984). *Los sofistas y la prensa canalla*. Buenos Aires. El Cid Editor.
- Verbistky, Horacio (1985). *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina*. Buenos Aires. Ediciones de la Urraca.
- Vinelli, Natalia (2000). *Ancla. Una experiencia de comunicación clandestina*. Buenos Aires, La Roda Blindada.
- Vitale, Alejandra (2015). *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1930-1976)*. Buenos Aires. Eudeba.